

Número 10

15 de abril

1915

# San Selerín...

Periódico para los niños



Dirigido por

Carmen Lira y Lilia González

Se publica quincenalmente en San José de Costa Rica

Precio: 5 cts.

Toda la correspondencia  
debe ser dirigida  
al apartado núm. 825

# JAN SELLERIN

PERIÓDICO PARA LOS NIÑOS

## CENICIENTA O LA ZAPATILLA DE CRISTAL

Había una vez un hombre rico que se casó en segundas nupcias con la mujer más orgullosa y altanera que jamás conocieron los nacidos. Esta tal tenía dos hijas que se le parecían como dos gotas de agua, lo mismo física que moralmente. Por su parte, el marido tenía de su primer matrimonio una hija, cuya dulzura y belleza eran el encanto de todo el mundo. Apenas se celebraron las bodas, cuando la pícara madrastra, no pudiendo sufrir en esta niña las hermosas cualidades que la adornaban, cualidades que hacían más aborrecible el carácter de sus hijas, descargó sobre ella el peso de su mal humor abrumándola con toda especie de malos tratamientos. La infeliz tenía que desempeñar en el interior de la casa las más pesadas ocupaciones: ella barría los cuartos, fregaba la loza, limpiaba el polvo, enceraba el suelo, y para colmo de males la obligaban a dormir en el cuarto de la leña sobre un mal colchón, mientras que las señoritas sus hermanas tenían colchones de pluma y lujosas alcobas llenas de espejos, en los cuales se veían desde los pies a la cabeza.

La pobre niña lo sufría todo pacientemente, no atreviéndose a decir nada a su padre por temor de que éste la riñera, porque es de advertir que la madrastra manejaba a su marido como mejor le parecía. Así que la desventurada joven concluía el rudo trabajo que la obligaban a desempeñar, iba a sentarse en un rincón de la chimenea, casi sobre la ceniza, y por este motivo le daban en casa el nombre de Tizón. Pero la hermana pequeña, que era un poco mejor hablada que la otra, la llamaba la Cenicienta. Esto no obstante, y a pesar de sus malos vestidos, Cenicienta era mil veces más hermosa que sus hermanas que estaban siempre con tan lujosos atavíos que parecían duquesas.

Por aquel tiempo sucedió que el rey quiso dar un baile en su palacio, y en efecto mandó esquelas de convite a todas las personas distinguidas. Nuestras dos señoritas fueron también invitadas, porque, sin embargo de su carácter, eran gran cosa en el país. Locas de contentas con la noticia, pasaban el día eligiendo trajes y tocados que las sentasen bien. Este fué nuevo motivo de disgusto para Cenicienta, porque la pobre no tenía manos para almidonar y planchar las enaguas y camisolines de las señoritas. A cada instante se hablaba de la manera como irían vestidas.—Yo, dijo la mayor, me pondré mi traje de terciopelo encarnado y mis encajes de Inglaterra.—Pues yo, respondió la otra, no me pondré sino un vestido sencillo; pero en cambio llevaré mi sobretodo bordado de flores de oro, y mi adorno de brillantes, que no es grano de anís.

Avisaron a la mejor peinadora que había por aquellos contornos para que les hiciera los bucles y demás

ringoranos que entonces se estilaban, y los consabidos lunares con que las señoritas de aquel tiempo se adere-



El hada vació la calabaza

zaban el rostro. Así que estuvieron listas, preguntaron su parecer a la pobre Cenicienta, que hasta había ayudado a peinarlas y que tenía muy buen gusto para todas

estas cosas, y le dijeron: Vamos, desearías tú venir al baile?—¡Ustedes se burlan,—respondió—los bailes no se han hecho para mí!—Dices bien—repuso la más desvergonzada—no se reiría poco la gente de la corte si vieran un Tizón en el baile. Otra que Cenicienta, les habría enmarañado el cabello al oír estas palabras; pero era tan buena, que no por eso dejó de peinarlas perfectamente.

Durante dos días, el gozo les impidió casi probar bocado. Pasaban las horas muertas al espejo, y rompieron más de una docena de trencillas para ajustarse el talle.

Por fin, llegó el ansiado momento: las señoritas salieron de casa, y Cenicienta las siguió con los ojos hasta perderlas de vista. Entonces se metió dentro y se echó a llorar. En esto, su madrina, que era una hada muy viejecita, se le apareció y le preguntó por qué estaba tan desconsolada. Que yo quisiera... que yo quisiera... Y la pobre lloraba tanto, que no podía acabar la frase.—Vamos,—repuso la madrina,—lo que tú quisieras es ir al baile, no es verdad? —Ay, sí!—respondió Cenicienta suspirando profundamente. —Pues bien, como sigas siendo buena, yo me comprometo a que vayas. Dicho esto, la hizo subir con ella a su cuarto, y le dijo: Mira, vé a la huerta y traeme una calabaza.

En seguida bajó Cenicienta, cogió la calabaza más grande que pudo encontrar y cargó con ella, aunque sin comprender la relación que tenía la tal calabaza con su ida al baile. Su madrina vació la gigantesca legumbre no dejándole más que la corteza, la tocó con su varita, y en el instante quedó convertida en una hermosa carroza dorada. Hecho esto, fué a la ratonera, en la cual

había seis ratones vivos.—Levanta un poco la trampa, dijo a Cenicienta.—Y a cada ratón que salía le daba un ligero golpe con su varita, y el ratón se cambiaba en un soberbio caballo, con lo cual tuvo el coche un magnífico tiro de seis corceles color de perla.

Como hacía falta un cochero, Cenicienta dijo a su madrina:—Voy a ver si en la ratonera grande hay alguna rata.—Anda vé; respondió la maga.—Y Cenicienta volvió con tres prisioneros ratunos de respetable tamaño. La madrina eligió la rata que parecía tener mejor barba, y, habiéndola tocado con su varita, apareció un cochero con un par de bigotes como un granadero. —Vuelve a la huerta—añadió la hada—y traeme seis lagartijas que están detrás de la regadera. No bien las trajo Cenicienta, cuando la madrina las convirtió en seis lacayos, vestidas abigarradamente, las cuales se mantienen firmes y tiesas en la trasera del coche, como si en toda su vida no hubieran hecho otra cosa.—Vamos,—dijo entonces la maga a Cenicienta—ya tienes con qué ir al baile; ¿estás contenta? Sí, señora, pero ¿he de presentarme con este vestido tan sucio y harapiento? Por toda contestación su madrina la tocó en el hombro con la varita, sus vestidos se cambiaron en riquísimas telas de plata y oro bordadas de pedrería. Para que nada le faltase, la maga la dió también un par de zapatillas de cristal tan lindas como nadie pudo imaginarlas jamás.

Aderezada de esta manera y resplandeciente como un sol, nuestra heroína subió en la carroza: antes de marchar, su madrina la recomendó muchísimo que no volviese después de las doce, advirtiéndola que si per-

manecía en el baile un minuto más de la indicada hora, su coche se volvería calabaza, sus caballos ratones, sus lacayos lagartijas y sus lujosos vestidos tomarían la forma primitiva. Cenicienta prometió que no se la olvidaría el encargo, y partió radiante de alegría. Poco después avisaron al hijo del rey que llegaba a palacio una gran princesa desconocida, y su Alteza salió a recibirla y la dió la mano para bajar de la carroza y conducirla a los salones del baile. Apenas entraron en ellos, un profundo silencio reinó entre los cortesanos; interrumpióse la danza, los músicos dejaron de tocar, y poco después se oía un murmullo confuso, formado por estas palabras que salían de todos los ámbitos del salón: ¡qué hermosa es!

Hasta el rey, a pesar de que era ya muy viejo, contempló largo rato a la desconocida, y no pudo menos de decir a la reina, que en toda su vida no había visto una belleza igual. Todas las damas se quedaron suspensas examinando su tocado y su lujoso vestido, para mandar hacer al día siguiente otros semejantes, si es que encontraban telas tan preciosas y operarios que supieran hacerlos. El hijo del rey la colocó en el sitio principal, y en seguida la sacó a bailar, lo que hizo ella con una gracia y una maestría que acabó de admirar a los circunstantes. Sirvióse el refresco, y el joven príncipe no probó ni un solo bocado, absorto como se hallaba en contemplar a la desconocida. Esta se sentó junto a sus hermanas y las hizo mil obsequios, ofreciéndolas parte de las naranjas y limones que el príncipe le daba, cosa que a ellas las admiraba mucho en razón a que no la conocían.

Cuando la conversación se hallaba más animada, Cenicienta oyó los tres cuartos para las doce; entonces hizo un profundo saludo a la sociedad y salió precipitadamente. En cuanto llegó a casa fué a ver a su madrina, y después de darla las gracias por sus buenos oficios, la dijo que desearía ir al baile del día siguiente, porque el hijo del rey la había suplicado que no faltase. Prometiósele así la maga, y cuando todavía se hallaba refiriéndole a ésta los pormenores del baile, llamaron sus dos hermanas a la puerta.—Jesús! cuánto han tardado ustedes!—las dijo bostezando y refregándose los ojos, como si acabara de despertarse de un profundo sueño. Y sin embargo, ya han visto ustedes que no había dormido mucho desde que las otras se fueron.—Si tú hubieras venido al baile—respondieron sus hermanas—de seguro que no te habrías aburrido, porque había en él una princesa hermosísima, la cual nos trató con mucha amabilidad, obsequiándonos con naranjas y limones.

Cenicienta no cabía en sí de alegría. —¿Y cómo se llamaba esa princesa?—preguntó. —Pues ese es el caso, que nadie la conoció, sin embargo de que el hijo del rey, según la obsequiaba, hubiera dado cualquier cosa buena por saber su nombre. Cenicienta no pudo menos de sonreírse, y añadió: —¿Con que tan hermosa era? ¡Dios mío, qué felices son ustedes! ¡Si yo pudiera verla! Mira, hermana mía, ¿quieres prestarme mañana el vestido color de garbanzo que te pones todos los días? —¡Sí, al instantito, ya te lo voy prestando!... ¡prestar un vestido a un Tizón como tú! ¡necesario era que estuviese local! Cenicienta esperaba esta negativa, y no le pesó, al con-

Cuando la conversación se hallaba más animada, Cenicienta oyó los tres cuartos para las doce; entonces hizo un profundo saludo a la sociedad y salió precipitadamente. En cuanto llegó a casa fué a ver a su madrina, y después de darla las gracias por sus buenos oficios, la dijo que desearía ir al baile del día siguiente, porque el hijo del rey la había suplicado que no faltase. Prometiéndole así la maga, y cuando todavía se hallaba refiriéndole a ésta los pormenores del baile, llamaron sus dos hermanas a la puerta.—Jesús! cuánto han tardado ustedes!—las dijo bostezando y refregándose los ojos, como si acabara de despertarse de un profundo sueño. Y sin embargo, ya han visto ustedes que no había dormido mucho desde que las otras se fueron.—Si tú hubieras venido al baile—respondieron sus hermanas—de seguro que no te habrías aburrido, porque había en él una princesa hermosísima, la cual nos trató con mucha amabilidad, obsequiándonos con naranjas y limones.

Cenicienta no cabía en sí de alegría. —¿Y cómo se llamaba esa princesa?—preguntó. —Pues ese es el caso, que nadie la conoció, sin embargo de que el hijo del rey, según la obsequiaba, hubiera dado cualquier cosa buena por saber su nombre. Cenicienta no pudo menos de sonreirse, y añadió: —¿Con que tan hermosa era? ¡Dios mío, qué felices son ustedes! ¡Si yo pudiera verla! Mira, hermana mía, ¿quieres prestarme mañana el vestido color de garbanzo que te pones todos los días? —¡Sí, al instantito, ya te lo voy prestando!... ¡prestar un vestido a un Tizón como tú! ¡necesario era que estuviese local! Cenicienta esperaba esta negativa, y no le pesó, al con-

trario, porque su apuro habría sido grande si su hermana hubiese querido prestarla el traje. Al día siguiente las dos señoritas volvieron al baile de palacio, y tras ellas fué también Cenicienta; pero con un vestido que parecía hecho con espumas de mar.

El hijo del rey no se separó de su lado en toda la noche, ni cesó un momento de dirigirla palabras afectuosas. Como la joven no se aburría con la conversación del príncipe, olvidó el encargo especial que su madrina la había hecho de no permanecer en el baile pasada media noche; de modo que oyó la primera campanada de las doce, cuando creía que apenas eran las diez. Oírla, y desaparecer de la vista de todos ligera como una ardilla, fué obra de un segundo. El príncipe la siguió, pero no pudo detenerla ni conseguir otra cosa que recoger y guardar cuidadosamente una zapatilla que la joven dejó en la escalera en su precipitada fuga. Cenicienta llegó a casa muerta de fatiga, sin carroza, sin caballos, sin cochero, y con sus viejos vestidos de trabajar; nada le restaba de su magnificencia de baile; nada más que la zapatilla compañera de la que había perdido en palacio. El hijo del rey preguntó a los guardias si habían visto salir a una princesa; pero éstos respondieron que no habían visto salir sino a una muchacha muy mal vestida, que más tenía trazas de campesina que de gran señora. Cuando las dos hermanas volvieron del baile, Cenicienta les preguntó si se habían divertido mucho y si la hermosa dama de la víspera estaba también en la fiesta: dijéronla que sí, pero que al oír la campanada de las doce había huído precipitadamente, dejando una lin-

dísima zapatilla de cristal; que el príncipe había recogido esta zapatilla, que no había cesado de contemplarla en todo el resto de la noche, por lo cual suponían que se hallaba perdidamente enamorado de la propietaria de aquel monísimo zapatito.

Y no iban descaminadas al hablar de este modo; porque no pasaron muchos días sin que el hijo del rey publicase un bando a son de trompeta, diciendo que se casaría con la mujer a quien le quedase buena aquella pequeñísima zapatilla. Primero se la probaron a todas las princesas, duquesas y grandes señoras de la corte; pero fué inútilmente. En seguida la llevaron a casa de las dos hermanas, las cuales hicieron desesperados esfuerzos por calzársela; mas no pudieron conseguirlo, aunque se cortaron una los dedos y otra un talón. Cenicienta, que miraba la operación y reconoció su chinela, dijo sonriéndose: Déjenme que yo me la pruebe a ver si me está bien! Sus hermanas lanzaron una carcajada. El caballero comisionado de verificar las pruebas del zapato miró atentamente a Cenicienta, y, viendo que era bastante linda, consintió en ello diciendo que tenía orden de probársela a todas las jóvenes.

Sentóse Cenicienta, y aproximando la zapatilla a su piecitos hizo ver a los circunstantes que venía justa como si hubiese sido hecha para él. Grande fué entonces el asombro de las dos hermanas; pero llegó a su colmo cuando Cenicienta sacó del bolsillo la otra zapatilla y se la puso, quedandō completamente calzada. En esto llegó la madrina, tocó los vestidos de la joven con su varita, y aparecieron tales cuales habían sido en el último baile.

Entonces las dos hermanas reconocieron a la princesa que habían visto en el palacio, y se arrojaron a sus pies, pidiéndola perdón de sus malos tratamientos. Cenicienta las levantó cariñosamente, y las dijo, después de abrazarlas, que las perdonaba de todo corazón, con tal que en lo sucesivo la amasen como ella las amaba. Condujeron a la joven, tal como se hallaba vestida, al palacio del príncipe, al cual le pareció más hermosa que nunca, y pocos días después se celebraron las bodas. Cenicienta, cuya bondad de corazón rivalizaba con su belleza, llevó á sus dos hermanas al palacio y las casó en el mismo día con dos grandes señores de la corte.

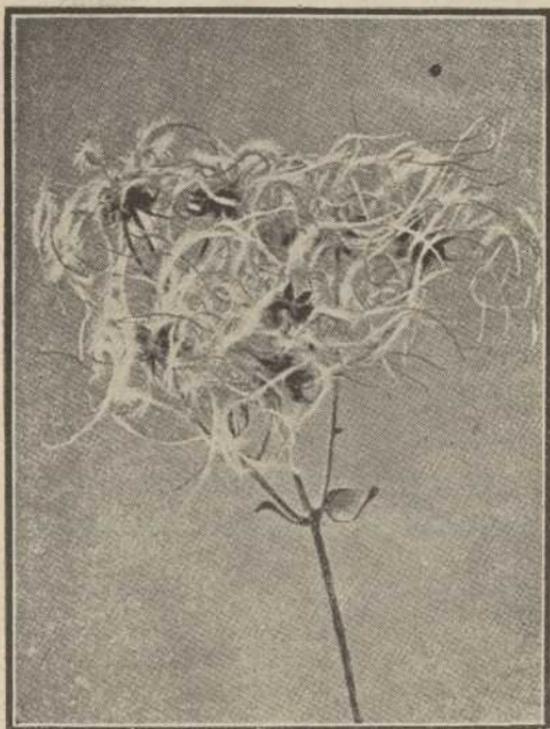
(De los cuentos de Perrault)

---

## LA DISPERSION DE LAS SEMILLAS POR EL VIENTO

La naturaleza ha negado a las plantas el poder de locomoción, pero en cambio las ha provisto de una gran variedad de medios para dispersar sus semillas y reproducirse en otras partes, lejos de la planta madre. En muchos casos los pájaros y el agua les sirven para este propósito. Hay también un grupo de plantas, cuyas semillas están hechas de modo que puedan ser trasportadas por el viento y llevadas a largas distancias. Una gran cantidad de ellas, colocan su simiente sobre verdaderos paracaídas. Muchos de vosotros habréis visto pasar volando, parecidas a arañitas blancas, las semillas de

esa yerba tan común, conocida con el nombre de *diente de león*. ¿De dónde vienen y a dónde van? El viento o un animal que pasó, sacudió la planta e hizo despren-



Una flor de *Barba de viejo*

derse de la *mata* las semillas que luego se van a navegar por el aire como pequeños globos en busca de un terreno propicio para desarrollarse. Más de uno habrá ayudado también en esta tarea, ya agitando el tallito en cuyo extremo aparece el conjunto de semillas provistas de largos hilos finos y sedosos, ya soplando para verlas volar.

Como estas cosas son pequeñas y humildes, no paramos la atención en ellas; pero nadie que las observe a través del más ordinario lente de bolsillo, dejará de maravillarse ante la exquisita delicadeza y perfección de cada semilla y su admirable adaptación para ser transportada por el viento.

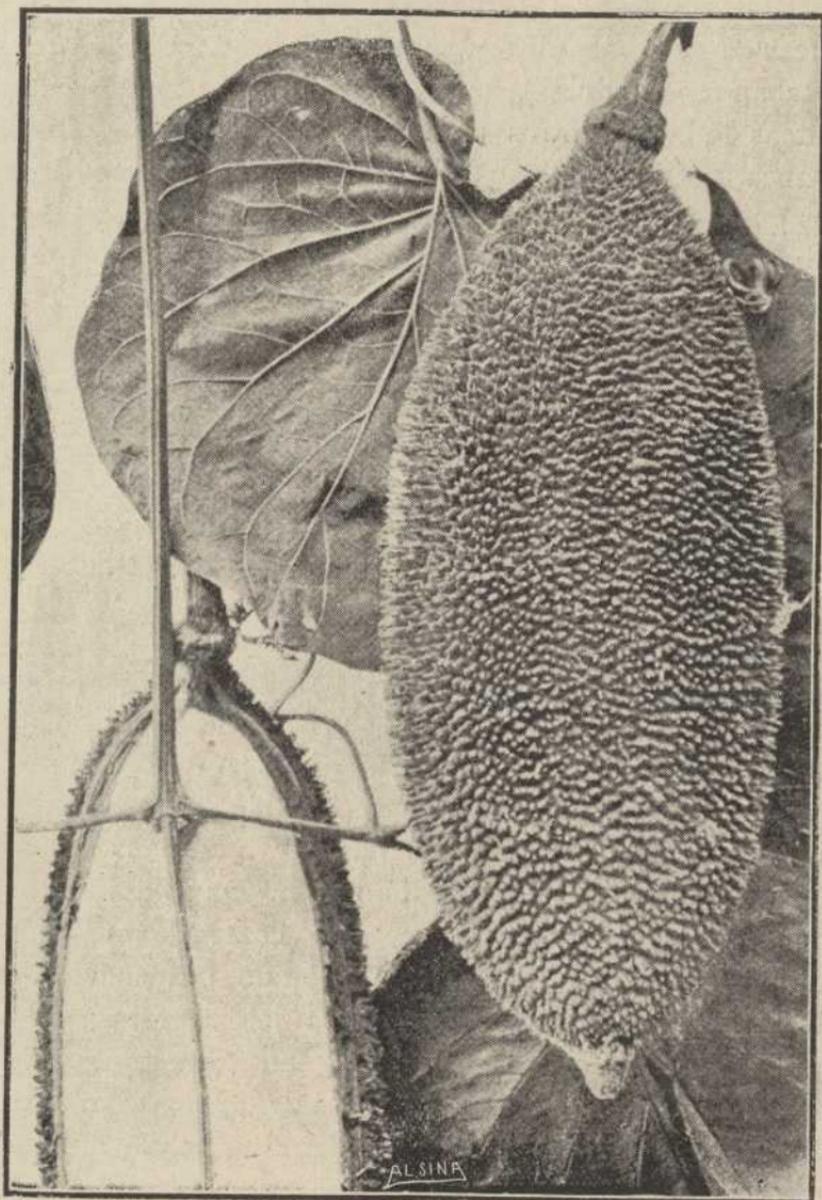
Casi todos conocemos el bejuco llamado entre nosotros *barba de viejo*, el cual enreda en los árboles que crecen en las cercas de nuestro campos, y cuya flor de un blanco amarillento adorna sus copas. Las semillas de la *barba de viejo*, están provistas de largos filamentos sedosos parecidos a plumitas finísimas que las hacen aptas para flotar en el viento y así ser transportadas.

Al grupo de plantas que tienen simientes *voladoras*, pertenece el bejuco que da las bateitas. Lo que los niños llaman *la ropita* o las *mantillitas del Niño*, no es otra cosa que sus semillas a las cuales la Naturaleza ha puesto alas de un tejido más fino que la seda.

---

## LAS BATEITAS

En días pasados, caminando con mis niños por los alrededores de la ciudad de Alajuela, hallamos en los cercados de un lugar llamado «El Cornizal» un bejuco tendido sobre un árbol de poró, del cual colgaban muchas petaquillas; en el suelo habían algunas secas, divididas en dos mitades a manera de bateitas. Pocos juguetes de navidad les han gustado tanto como las mencionadas



LAS BATEITAS

bateitas: con las frutas enteras hicieron yuntas de bueyes, vacas de leche, baules y maletas de ropa; con las que estaban secas, divididas ya, fabricaron buques de vela, bateas de lavar y otros utensilios domésticos; la ropita blanca, tan bien acomodada dentro de las petaquillas, les gustó en gran manera; ese día hubo corrales cercados para los ganados, ventas de ropa y muchos otros entretenimientos infantiles; lo único que no se les ocurrió fué usar las petaquillas a manera de peines o cepillos de cabeza como lo hacen las doncellas indias en la península de Yucatán,<sup>1</sup> donde hay una planta de la familia de la que venimos hablando.

Pasado el primer impulso natural de los niños, examinamos el por qué de esa máquina complicada, compuesta de un nudo de suspensión, dos cubiertas laterales a manera de bateas, un anillo delicado, como de alambre, que las une, un diafragma<sup>2</sup> interior que separa las semillas y éstas estibadas a un lado y otro, como mariposas con las alas abiertas, que esperan recobrar su libertad y un viento favorable para alejarse de la planta madre, e ir a formar un nuevo tallo en lugares apartados de aquel que les dió origen. Durante la época del verano, las tapas se secan y contraen un poco, desprendiéndose en absoluto, dejando suspendido del bejuco el diafragma que soporta las semillas; éstas permanecen al descubierto hasta tanto que un viento favorable las desprende una en pos de otra y las arrastre levantándolas en el aire, de manera que se alejen hasta

<sup>1</sup> En Méjico.

<sup>2</sup> Tabique.

perderse de vista, como si la Naturaleza también a ellas les hubiese dicho: «Creced y multiplicaos, henchid la Tierra». En una sola de las petaquillas contamos 140 semillas y cada planta produce más de cien frutas; así, si todas hubiesen de germinar, se tendría una propagación de 14000 por cada planta madre; pero luego vienen las desyerbas de las milpas y cafetales donde la mayor parte de esa generación perece y sólo aquellas que están protegidas por las cercas de piñuela llegan a su completo desarrollo. Las bateitas miden de quince a diez y ocho centímetros de longitud.

ANASTASIO ALFARO

## EL CUMPLEAÑOS DE LA COLIPATO

Pues bien, esta era una araña que tenía su casa en la rama baja de un durazno. Una vez muy temprano de la mañana, encontrándose la arañita bastante atareada en el corredor lavando la cara a los chicos con rocío, llamaron a la puerta: *Pan, pan*. Era el correo con una carta. Hacía de correo en esos días una abejita de *jicote* que llevaba gorra y todo. La carta había sido escrita con jugo de lilas en una brizna de zacate de rayitas blancas. La araña se puso los espejuelos, rompió el sobre y leyó:

«Domingo, al despuntar la aurora.

Estimada doña Araña Bejucos: siendo hoy mi cumpleaños y deseando yo celebrar este día de la mejor manera, tengo el gusto de invitarla a que vayamos junto con otras amigas a consolar a los huerfanitos del pobre

colibrí, muerto de una pedrada que le lanzó ayer tarde con una honda un chico muy cruel. Nos reuniremos al pie de la *Alegría de la mañana*, a la entrada del jardín, a las ocho en punto.

Su amiga cariñosa,

COLIPATO NOMEOLVIDES»

Ah, Señor, pobres huerfanitos!, suspiró la araña limpiándose una lágrima. Y como sus sentimientos son de lo que hay bueno, no dejó de acudir a la cita, a la que también concurren abejas, cigarras y algunos escarabajos llevando cada cual debajo del brazo un pequeño regalo. Las rosas, las *chinas* y los nardos habrían querido ir ellos también, pero con no poder moverse de casa se conformaron con enviar cual una gotita de miel, cual un saquito conteniendo perfumes muy delicados.

Sin embargo de lo ocurrido, los lindos huerfanillos no se encontraban del todo tristes pues, según ellos mismos contaron, una buena muchachita que había descubierto el nido, y que lo supo todo, los visitaba con alguna frecuencia llevándoles caricias muy dulces y una miel bastante rica.

RUBÉN COTO

## PENSAMIENTOS

Acércate a la flor, pero no la deshojes;  
mírala y dí en voz baja: Oh, quién fuera tan bueno!

En fuente cristalina no arrojes nunca piedras;  
contéplala y exclama: Oh, quién fuera tan puro!